

Una sugestiva "canyí"

"La Canyi". Espectáculo con letra y canciones. Actriz: Esther Formosa. Asesor escénico: Joan Anton Sánchez. Música: Agustí Humet. Teatre Malic, Centre de Marionetes La Fanfarra

En el momento más insospechado, la cándida y deslumbrante sonrisa de Esther Formosa o el tembloroso desmayo de sus párpados logran incendiar esa caja de cerilla que es el Teatre Malic. En la guarida que La Fanfarra defiende junto al Born para cobijo de sus marionetas, pero que presta también a chiflados, marginales y creyentes de muy diversa ralea, Esther Formosa nos anuncia su inminente salto a la fama —ya lo verán, si no— cabalando sobre el pretexto de "La Canyi". "La Canyi" es una borrosísima cupletista de principios de siglo que se dice nacida en l'Hospitalet, ciudad del escritor y crítico Joan Casas, quien, si no me equivoco, algo ha tenido que ver con la "formosísima" maniobra. Felicitaciones sinceras.

Hecha la precisión, olvidense ustedes de cualquier evocación de una supuesta "belle époque" castiza y autóctona; no esperen siquiera ningún trabajo imitativo al uso. Como porción del género "café concert", el ejercicio es un pequeño galimatías que probablemente —y de vivir aún— levantaría las iras de aquel sabio que fue Sebastia Gasch. Lo bueno es que esto lo saben bien los responsables del experimento: Joan Anton Sánchez, el asesor escénico; el músico Agustí Humet —que a la guitarra debería domar alguna cejilla que se le tuerce—; la propia Esther Formosa y, en fin, el padre de la criatura, quiero decir, el padre carnal, Feliu Formosa, cuyo influjo se adivina a pesar de su ausencia pudorosa del "cast". Todos ellos saben que no se puede encender una vela a "Francisco Alegre" y otra a Kurt Weill sin que la coherencia del espectáculo se resienta por ello. Sólo desde un apriorismo paródico se sostiene el delicado hilo conductor que enlaza las canciones del personaje, sin que importe demasiado, entonces, que tres o cuatro de ellas sean positivamente serias, trágicas incluso. De ahí que se hable en el programa de un "còctel-barretxa" singular, aun cuando tampoco el lenguaje "xava" aparezca por ningún lado.

En resumen: prescindan ustedes del guión y comulguen con la manga ancha y arbitraria de "La Canyi", en la que lo mismo cabe un "Stormy weather", jocundo y espléndido, que una pieza latinoamericana dedicada a un Bru de Sala —el director general— virginal, todopoderoso y milagrero. El "homenaje" es de antología. Insisto: las incongruencias de la sencill-

lla arquitectura de ese trabajo son absolutamente triviales al lado de la sustancia del asunto. Y la sustancia del asunto no es otra que hora y media de comunicación entrañable, premonitoria, no ya de los progresos de una aplicada actriz, que conocíamos, sino de una actriz de dimensiones catedralicias, si se me permite la expresión. En el plano medio y corto, que es lo que da de sí el diminuto escenario de Malic, Esther Formosa domina el arte de la seducción con una muy inteligente y personal picardía. A los chicos de Sant Cugat o de TV-3 les brindo —gratis— la idea de que se apresuren a ficharla: en el terreno coloquial la Formosa exhibe unas aptitudes histriónicas seductoras, cordiales, a punto de homologarse con lo mejor de la Sardà o de la Maura.

El cubículo de La Fanfarra colabora con su intimidad a asegurar los recursos vocales de la Formosa-cantante. La actriz entona bien, modula perfectamente, lo mismo una pieza de Maria Dolores Pradera que la severidad cadenciosa de "Lili Marlen". Debe sólo controlar el volumen, sobre todo en los agudos, a punto, a veces, de quebrarse. Por lo demás, el trabajo de la actriz es una pura y sugestiva delicia, plagado de sagaces insinuaciones, contenido, sin tolerar nunca que la parodia se desabroche para soltar la farsa facilona. "La Canyi" son 90 minutos de higiene mental; la comedianta nos hace reír y sonreír, nos limpia de telarañas y llama de tres en tres a sus admiradores como la cupletista, como la Dietrich, como la voz y el gesto que albergan su ingenua bribonería.

Los aplausos de anteanoche obligaron a la actriz a brindar dos canciones de propina. En una de ellas volvió a relucir el brechtista, el brechtólogo, el brechtiano que hay en su progenitor, Feliu Formosa: la muchacha cantó la versión catalana de un magnífico "Mackie". Esa buena cosa ocurre de viernes a domingo y sólo hasta finales de mes.

JOAN-ANTON BENACH